



Hay he



SOÑADO

contigo

Noelia Medina

Lxl
EDITORIAL

Un sueño que te transporta a aquel lugar donde el primer amor florece y los celos emergen, donde las personas en las que más confías, te van traicionando poco a poco. ¿Has sentido alguna vez la necesidad de arrojar toda esa rabia acumulada a la cara de quién te hirió? ¿Te gustaría adentrarte en el poder de los recuerdos?

Hoy he soñado contigo es un relato que nos muestra la realidad que millones de adolescentes sufren con su primer amor, y que de manera inconsciente, no saben superar. Una historia que nos muestra, que dar un paso adelante, y quererse a uno mismo, es la mejor decisión que podemos tomar.

Contenido

0.1
0.2
0.3
0.4
0.5
0.6
1
2
3
4
5
6
7
8
9

Hoy he soñado Contigo

Noelia Medina



Reedición: Abril de 2.017
Copyright
© Noelia Medina 2017
© Editorial LxL 2017
www.editoriallxl.com
dirección@lxleditorial.com
ISBN: 978-84-16609-95-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain
Diseño cubierta – Alexia Jorques
Maquetación – Rachel's Design

Hay he
soñado
contigo

Noelia Medina

Lxl
EDITORIAL

Agradecimientos

A la editorial Lxl.

Gracias por haber apostado para que este libro siga conociendo mundo y el mundo conociéndolo a él. Estoy segura de que lo mimaréis tanto como yo.

Y a todos los que me ayudáis a conseguir mis sueños y metas, ya sea leyendo, empujándome o aconsejándome. Por suerte sois tantos que no hay suficientes palabras y espacio para nombraros uno a uno.

Noelia Medina.

Prólogo

En más de un año de vida nunca supieron catalogar a *Hoy he soñado contigo* con exactitud. Relato, romance, juvenil, autoayuda... Y yo, cada vez que lo veía en una categoría distinta, solo pensaba en que la definición de las páginas que leerás a continuación es la de «realidad». Una realidad aplastante que nos envuelve día a día y de la que no somos completamente conscientes hasta que conseguimos desprendernos de ella.

¿Cuál era mi objetivo a la hora de escribir este relato? Pues, sinceramente, ni la mitad de lo que he conseguido. Sólo quería contar una verdad que nos rodea, sin más intención que hacerla llegar a quienes le diesen la oportunidad de perderse en su historia, sin embargo, este pequeño ha tomado un rumbo diferente, un camino que está consiguiendo que a su autora se le hinchen los pulmones de satisfacción y felicidad. Está siendo más que un cúmulo de palabras cargadas de sentimientos. *Hoy he soñado contigo*, ha conseguido ayudar a muchos adolescentes y adultos. Está recorriendo centros de educación, siendo incluido y recomendado en cursos sobre la igualdad de género, y quizá lo más importante, siendo sentido y comprendido.

Muchas veces me han preguntado cuál es para mí el verdadero significado del éxito, y puedo decir a boca llena que no sólo lo he rozado con la punta de los dedos, sino que lo he abrazado de manera íntegra. Parte del éxito para mí, es esa sensación de plenitud que siente tu alma cuando un día llega alguien y te dice que este libro ha sido escrito como si nos conociésemos personalmente, como si hubiera investigado a fondo su vida y sus sentimientos. La otra parte que lo complementa, y la más importante, es cuando esa persona te confiesa que unas cuantas páginas han ayudado a que se dé cuenta de lo que realmente estaba viviendo y ha conseguido dejarlo atrás.

Nuestra protagonista no tiene nombre, tampoco le hace falta. Con esto solo quiero mostrar que cualquiera, independientemente del sexo y la edad, puede verse envuelto en una situación parecida, y si no es así —y espero que no lo sea—, percatarse de que alguna parte de estos escritos ha sido vivencia suya en algún momento.

Un libro que toca muchos temas como el amor, la juventud, el concepto de relación tóxica, los celos, infidelidades... Pero que, finalmente, solo tiene un objetivo; hacerte ver que tú eres lo más importante.

Capítulo I

Hoy he soñado contigo

Y realmente no entiendo a qué asunto apareces en mis sueños de repente, tan normal, tan pasota, tan tú.

¿Cuántos años hace que te marchaste? Ya ni lo sé. Tampoco me hubiera planteado esta cuestión a día de hoy si no hubieras aparecido en mis sueños. Seguramente, ni siquiera hubiera pensado en ti, total, es lo que llevo haciendo muchos años día tras día: no pensar nunca en ti.

Te preguntarás qué he soñado, o no, porque jamás vas a leer esto, y si te soy sincera, no quiero que lo hagas. Si en su día no te interesaban mis problemas, dudas o alegrías, ¿por qué te iba a interesar ahora?

La cuestión es que en mi sueño estaba yo, lógicamente, y estaba feliz, muy feliz. Esa sensación plena que uno siente cuando te rodean personas verdaderas, de las que te quieren de verdad. Aunque claro, quizá explicar un sentimiento tan agradable y profundo a una persona que sólo sabe mirar su ombligo es un poco complicado. El sueño se desarrollaba en el cielo; era una especie de fiesta en la que el suelo que pisaba eran nubes blancas y esponjosas, la claridad abundaba y una gran cancela de rejas doradas se abría para todos los invitados, o sea, el ejemplo de un sueño perfecto. Yo bailaba animadamente con los invitados, algunos comían canapés y otros charlaban mientras rellenaban sus vasos. Pero de pronto, a través de aquella puerta gigante, apareciste tú, y cómo comprenderás, eso me cortó toda la felicidad del momento. Ya sabes, eres experto en joder mi vida, mis sueños, mi felicidad y mi existencia en sí.

Me incomodabas. Tu simple presencia hacía que mi cuerpo se removiera a causa de las náuseas que me provocaba tu cercanía.

La gente se preguntará, ¿qué hizo para provocarte ese malestar repentino? Pues eso... ¿qué hiciste o que me dijiste?

Nada.

Ese es el problema, que en mi sueño no hacías nada. Sólo estabas ahí parado, observándome, y aunque yo riera con mis amigos, bromeara y bailara, siempre mi mirada buscaba la tuya haciendo que mi maldito corazón diera brincos y quisiera salir por mi boca en forma de regurgitación. Porque tus ojos acechaban a los míos como si se tratara de tu presa, vigilabas mis movimientos y mis acercamientos, fruncías el ceño y lo relajabas constantemente sin darme a entender el porqué de tus múltiples gestos. De nuevo, minutos después, volví a tomar el control de mi sueño y disfruté haciendo caso omiso a tu presencia. En ese espacio de tiempo en el que el sueño transcurría, yo era tal y como soy ahora; ya no era pequeña e indefensa, tú me enseñaste a ser fuerte, decidida y dueña de mí misma.

Me enseñaste inconscientemente, claro. Aprendí a base de palos, mentiras, gritos, desprecio... Estoy segura de que si en algún momento hubieses sido conecedor de que todo aquello me ayudaría a convertirme en quien soy, no se

hubiera pasado por tu mente hacerlo. Yo parecía tu enemigo, tu rival... todo menos una pareja.

El sueño ha rondado todo el día por mi cabeza. No creas que ha despertado un instinto primario en mí, que me ha hecho ilusión o que he recreado momentos contigo... para nada, todo lo contrario. Mi cerebro ha estado recopilando información para darle significado. Sabes que soy una persona muy interesada en todo aquello que ocurra en nuestro subconsciente. Tras todo el día pensando en ello, he llegado a una conclusión: todo ha sido una simple metáfora de nuestra relación. Estabas ahí a mi lado sin aportar nada, pero siempre tenías tu mirada encima de mí; sin dejarme tomar decisiones propias, sin permitirme ser realmente feliz y cortando mis —en ese entonces— recién estrenadas alas.

Te preguntarás si después de tantos años, todo esto lo cuento porque estoy enamorada de ti...

La respuesta es NO.

En mayúsculas.

Hace mucho tiempo que me olvidé de ti, de tu rostro, de tus labios, de tus falsas caricias y tus crueles mentiras. Olvidé los falsos te quiero, los buenos momentos y los malos también, aunque siendo sincera, estos últimos nunca llegué a borrarlos definitivamente de mi mente. Y es que, cuando alguien te daña de esa manera tan mísera, es prácticamente imposible obviar que ese dolor lo cargó tu pecho solito durante años.

He de reconocer que después de lo ocurrido, hubo un momento de mi vida que me hallaba en una pequeña encrucijada. Me encontraba entre un te amo y un te odio, un te quiero a mi lado, pero a la vez quiero olvidarte... estaba confusa, porque tú nunca me aclaraste nada. Y realmente, me di cuenta que ya ni te amaba ni te odiaba, simplemente me eras indiferente. Fue ahí cuando analicé mi larga relación a tu lado.

Fuimos una pareja basada en la obsesión, sin cariño, sin momentos buenos, sin peleas sinceras, ni reconciliaciones mejores. Sólo éramos tus putos celos y mis malditas inseguridades. Éramos un carro del que sólo uno tira haciendo imposible la carga. Sólo éramos ceniza que se llevó el viento sin que nos percatáramos siquiera. Éramos un mar iluso chocando contra una gran roca imposible de derrumbar. Porque la montaña estaba ahí quieta, robusta, fornida, pero la marea subía y bajaba, rozando unas veces la montaña y otras veces no, dependiendo de la fuerza que el viento propinase. Nunca quedarían abrazados íntegramente. Aquella enorme formación inerte nunca sería el perfecto complemento del revoltoso mar. Quedamos siendo amor convertido en olvido. Y eso, querido, agota. Agota tanto que me cansé.

Sí, me cansé. Yo, la chica incansable, la que todo lo soportaba.

Me cansé de ti.

En mi sueño aparecía ella, ¿sabes? Lo que más gracia me hizo es que iba a tu lado pero no contigo, es decir, entrasteis por la puerta juntos, y la llevabas de la mano, pero no la mirabas ni con amor, ni con deseo, ni con fraternidad... simplemente no la mirabas. Y que te voy a decir... si sueño egoísta lo siento, pero sin ocultarla y ante todo el mundo en mitad de aquella fiesta celestial, con un buen vaso de algún tipo de ron en la mano, tenía la sonrisa de una niña saboreando una gran

piruleta de alegres colores. ¿Por qué? Pues porque en su rostro destacaba la tristeza, el brillo de sus ojos estaba totalmente agotado y el sufrimiento emergía de sus poros en forma de cascada, o al menos yo lo percibía.

Quizá lo percibía porque conozco perfectamente esa sensación; la sensación de que alguien no te mire como mujer, sino como complemento perfecto a su persona. La amarga percepción de ser poco, de ser menos, de no ser nada...

Y sí, le sonreí, porque al apreciar su dolor recordé las miles de veces que me miré en el espejo y me vi exactamente igual; demacrada y dolida, carcomida por la termita del desamor. Una termita con nombre y apellido.

Porque antes yo era *ella*. Yo era la que sufría por ti.

¿Soy mala persona por ser feliz con su desdicha aun de manera inconsciente en mis sueños? No lo sé, pero oye, tampoco me importa.

Sólo aclarar que después de tantos años y aunque tu recuerdo ya no habite en mí, sé que en el corazón tengo una espina clavada, y por desgracia, lleva tu nombre.

Siento la necesidad de contar lo que viví desde el momento que llegaste a mi vida, hasta que por suerte te marchaste para siempre de ella. Quizá así podré suspirar aliviada porque, por fin, soltaré todo lo que mi interior acumulaba. Y lo haré de la mejor manera que sé.

Escribiendo.

Así que, comencemos por el principio...

Capítulo 2

Nunca empezaría nuestra historia con la típica frase: *¿Cómo comenzó todo?*, porque jamás olvidaría nuestro principio, por mucho que duela o intente borrarlo de mi cabeza, nunca olvidaría cómo te conocí. Quizá porque fuiste el primero o quizá porque fuiste el peor, quien sabe...

Lo nuestro fue cliché en toda regla. Tú, el típico chico atractivo del instituto, deseado por todas que babeaban por tu sonrisa en cada pasillo. Cabello largo oscuro cayendo hasta tu cuello, siempre peinado, siempre impoluto. Ojos marrones y largas pestañas. ¿Qué es lo que le gustaba a todas de ti? Supongo que era tu forma de desbordar chulería por los poros. Todas blandas frente a tu paso, sonriendo a la nada —porque siquiera las mirabas—, y mientras tanto yo te odiaba. Sí, te odiaba. Odiaba tus andares y tus dientes blancos perfectos, odiaba tu manera de llevar la mochila sobre un hombro, porque aunque todos la llevásemos igual, a ninguno nos sentaba tan bien como a ti. Odiaba que todas volcaran su atención en ti por el simple hecho de ser guapo e «inalcanzable» y odiaba a tu novia por sus aires de superioridad, simplemente, por llevarte a su lado como la que pasea con un monumento digno de admirar. Ahorraré comentar lo que en aquellos entonces pensaba que paseaba, sonaría obsceno.

Yo, primer año de instituto, centrada en mis clases diarias, en hacer nuevos amigos y en odiarte cuando nos cruzábamos por los pasillos. Me eras indiferente, sólo tenías oportunidad de que estuviese pendiente de ti cuando pasabas por mi lado y suponiendo que para ti, simplemente era una más o, al menos, eso creía. No es que fuera poca cosa a tu lado —que para ser sinceros y bajo mi punto de vista, no lo era—, sólo que no babeaba por ti y quizá eso es lo que te hizo fijarte en mí. Yo no bailaba danzas a tu alrededor ni sonreía a tus gilipolleces, yo levantaba el labio de manera despectiva cuando colocabas el mechón de pelo tras tu oreja y sonreías de lado con modestia. No eras nadie para mí, sólo un niño pijo con un ego inalcanzable. Sí, sí, como «has leído», no eras nada. No, no lo eras, o mejor dicho, no lo fuiste hasta que decidiste entrometerte en mi vida. Porque te entrometiste. Y ojalá no lo hubieras hecho ni yo permitido.

Recuerdo cómo recurríste a mis contactos y amigos para saber todo de mí, y tampoco se borrará de mi cabeza la primera vez que me hablaste. Yo me encontraba en la puerta de clase y tú pasabas por mi lado pisando fuerte, con las manos dentro de los bolsillos y la sonrisa ladeada. No te detuviste, simplemente redujiste la velocidad y me susurraste que esa noche me pusiera la falda rosa que me puse el sábado anterior y estuviera dónde siempre. En un primer momento me quedé bloqueada ante tu iniciativa de entablar conversación, y mi bloqueo fue tal, que ni siquiera contesté. Yo, que hubiera dado todo por tener la cabeza clara en aquel momento y mandarte a freír espárragos, no contesté. Y después de mi repentina anulación mental, me detuve a pensar: ¿cómo sabías tú cuál era mí «donde siempre»?

Sospeché que me verías en algún lado y te fijaste en mí. Mi cabeza llegó a la conclusión de que, si sabías hasta la ropa que llevaba el fin de semana anterior, es que

me habías observado demasiado. ¿Y qué sensación me produjo saber que habías estado analizándome? La primera fase por la que pasé tras ello fue la negación. Reí muchísimo interiormente sin poder creerlo. En cambio, mis amigas se quedaron con la boca abierta y podría jurar que algunas de las que observaban la escena incluso pegaron saltitos. Después de burlarme con satisfacción porque te habías fijado en mí y no yo en ti como cualquiera esperaría, entré casi sin percatarme en la segunda fase: duda. Comencé a pensar débilmente en ti durante toda la clase, a encontrarte cosas buenas y a convencerme a mí misma de que eras un chico de buen ver. Barajé las posibilidades de ir «a donde siempre» y de llevar la estúpida falda.

Quizá no eras tan malo, tan chulo, tan egocéntrico...

Ya... Quizá.

Y en ese mismo instante de alta reflexión, mi mejor amigo, conocido tuyo y espectador de la escena anterior, se giró en su pupitre —que se encontraba justo delante de mí— y clavó sus ojos marrones en los míos haciéndome captar toda su atención.

«Sé que estás pensando en él, a todas las pasa cuando hace un acercamiento de los suyos. Te voy a dar un consejo y espero que lo aceptes como siempre los has hecho. No te dejes llevar por él. Tú eres diferente y él no es para ti».

Se giró nuevamente sobre su cuerpo y nunca más se habló del tema. Cómo si acatar aquel consejo no hubiese podido cambiarlo todo...

Supongo que hay veces en la vida en las que simples momentos o palabras pueden quedar grabadas en tu mente para siempre, incluso capturando hasta los detalles más irrelevantes. Aquella ocasión era un claro ejemplo. Nunca olvidaré que yo estaba sentada en la última mesa, por ejemplo, ni que llevaba el pelo suelto y rizado, o que simplemente, era última hora. No se borrará de mi inconsciente aquel consejo, quién me lo dijo, su tono de voz, su mirada de advertencia... Tonterías y detalles minuciosos que no tienen mayor importancia, pero que se guardan automáticamente en tu cerebro para que años después, el día menos pensado tras soñar que tu exnovio viene a joderte una estupenda fiesta en el cielo, te sientes frente a un ordenador y te plantees escribir varias cuestiones, como por ejemplo: ¿por qué no me recogería yo aquel día el pelo en una coleta? ¿Por qué no me senté en primera fila, lejos de mi amigo para que así su consejo no retumbara en mis oídos mucho tiempo después? O sobre todo, ¿por qué cojones nunca hago caso a lo que las mentes sabias me aconsejan? ¿Hubiese cambiado algo? ¿Cómo puedo pensar que llevar coleta o el pelo suelto puede cambiar alguna parte de esta historia? En fin, que él tenía razón, pero de eso me percaté cuando la solución era más que insostenible, porque aquel día, por suerte o por desgracia, no hice ni puñetero caso a aquella sabia advertencia.

Ya sabes, soy muy así, muy *jodía*... muy... «si me dices tal, hago cual».

Y llegué embalada a la tercera y última fase: aceptación. Obedecí. Creo que es la primera vez que seguí tus órdenes —inconscientemente, claro— y coloqué aquella maldita falda rosa sin saber siquiera por qué lo hacía. Bueno sí, sí que lo sabía, lo hice porque sabía que a ti te gustaría verme llegar con aquel trapajo.

Apareciste donde yo estaba y te uniste a mis amigos, sin decir nada, ni siquiera un cordial «hola». Así, sin conocernos, sin pedir permiso, como siempre. Y aquella

maldita noche me empecé a fijar en ti. Tuviste poder sobre mí desde primera hora, pero claro, eso son cosas de las que una se percata cuando sale de tu corrompido embrujo.

Pasaste parte de la noche ignorándome. No importa, yo también lo hacía contigo. Pero hubo varios detalles de los que estoy casi segura que los demás no se percataron. Éramos bastantes personas, entre ellas muchas chicas, pero sólo me regalabas tu mirada a mí, incluso me sonreías cuando no nos observaban. Algo en mí despertó cuando aprecié el detalle de tus comisuras elevarse, no porque me impresionara una sonrisa —que la tuya lo hizo—, sino porque aquella fue diferente a todas las que te había visto dedicar en el instituto. No era ladeada ni chulesca, era una sonrisa verdadera, de las que enseñan los dientes y hacen que los hoyuelos se instalen en las mejillas. ¿Qué te voy a decir? Que mi estómago sintió un pellizco que, quizá, aun habiendo experimentado muchas cosas en la vida desde aquel entonces, no sabría describir de manera completa.

Más tarde comprendí que eran emociones indescriptibles. Llenaste mi mundo de ellas.

Unas horas después, delante de todos, me pediste salir y yo acepté sin pensar. ¿Por qué? No lo sé, quizá por esa cosquilla que surgió de tu sonrisa, quizá porque me olvidé de todo el odio hacia ti o porque era joven, inmadura y gilipollas... yo que sé.

Me agarraste enérgicamente por la cintura y paseamos toda la noche así, unidos. Lucías orgulloso de llevarme a tu lado, como hacía tu novia —ya exnovia—, tan sólo unas semanas antes. Es curioso e incluso posible que nunca te dijera esto, pero me dio vergüenza que aquel día te vieran conmigo, simplemente, porque llevabas una gorra no acorde con tu ropa.

¿Quién lo iba a decir, eh? Yo, avergonzada de ti.

La noche fue calmada pero insuperable. Sólo estábamos sentados uno al lado del otro, nada especial. Rodeados de todo el grupo, todos hablando, haciendo escándalo, pero sentirte tan cerca de mí y aprovechando cada oportunidad para envolverme con tu brazo a la altura de mi cintura, produjo una sensación nueva. Sí, otra de esas de la que llenaste mi vida.

Antes de marcharnos, mis amigos comenzaron a silbar a nuestro alrededor incitándote a besarme. Hasta *ella* te incitó, porque estaba allí, como siempre, en mis momentos buenos y malos. Porque *ella* era «mi amiga».

Lo hiciste sin pensarlo, sonriente y delante de todos, incluso ante la mirada de ella que detonaba felicidad. Una supuesta y falsa felicidad por mí. Entonces pasó, chocaste tus labios con los míos en un leve roce y yo me aparté avergonzada, dejándote con la boca abierta y esperando más. ¿Sabes? Me alegro que al menos una vez te quedaras con ganas de mí y supieras comprobar en tus propias carnes lo que se siente. Yo estuve viviendo con esa carencia muchos años. Carencia de ti.

Aquel beso fue suave, dulce, sencillo, perfecto. Un contacto de labios, un simple piquito; pero para mí no los podría haber mejores. Después llegaron más, pero muchos días después, porque en ese tiempo en el que nuestra historia empezó, todo era más bonito, más real. Los besos se hacían esperar y cuando por fin llegaban, se convertían en algo especial que contar a tus amigas que te escuchaban

entusiasmadas, algo que ocultar a tu madre por encima de todas las cosas y sobre todo, algo para recordar toda la vida.

Jugábamos con el móvil, un móvil feo y antiguo con tapadera. Te preguntará porque describo el cacharro en estos momentos y te responderé que es para que quede claro lo poco que nos importaban en esos entonces. Sólo servían para llamar, mandar algún sms bien acertado —que no gastara mucho saldo— y jugar al *Snake*. Vengo a referirme con todo esto a que sabíamos enamorarnos sin redes sociales, sin *WhatsApp* y sin aplicaciones absurdas. No necesitábamos nada para conocernos, sólo tú, yo y nuestras ganas, que por esos entonces eran muchas.

Me lo arrebataste y yo forcejeaba para que me lo devolvieras, así comenzó el juego. Hasta que me acerqué más a ti porque, obviamente, tus fuertes manos no tenían comparación con las mías pequeñas y la fuerza que yo hacía era inútil. En uno de esos forcejeos tiré y tú te dejaste llevar para disminuir nuestra distancia. Sé que lo hiciste adrede, por ello, levanté el rostro preguntándote con la mirada que hacías y lo comprendí perfectamente cuando esos ojos color miel tuvieron más fuerza que los míos e inconscientemente, se cerraron a la espera de tus labios.

Eso sí que no lo olvidaré jamás.

El sabor de tus carnosos labios fundiéndose con los míos, exactamente en el mismo lugar que bastantes semanas atrás nos hicimos novios. Una boca suave, lenta, intensa y experta. Dejé paso a tu lengua que al instante acechó a la mía sin miramientos y exploró cada rincón de mi boca haciendo que mi cuerpo sintiera una extraña sensación que nunca antes había experimentado; ganas de más. De que no despegaras tus labios nunca, que no soltaras el firme agarre de mi cintura y mi cuello, que me hacían estremecerme, de que no abriésemos los ojos. Jamás, no quería abrirlos jamás, quería seguir flotando entre tus brazos.

No sabía si lo estaba haciendo bien, pero realmente en aquel momento poco me importó, porque supe que, por muy torpe que fuera, aquel siempre sería EL BESO. El primero, el que lo cambió todo, el que recordaría incluso años después como lo recuerdo hoy...

Me embriagué del manjar de tus labios.

Y que besaras tan bien, sólo tuvo una pequeña consecuencia: pasé de desear tus labios cada día, a necesitarlos a todas horas.

Y ya no te odiaba...

Me enamoré de ti.

Capítulo 3

Sí, me enamoré de ti.

No preguntes ni cómo ni cuándo me di cuenta, yo tampoco lo sé. Lógicamente no desperté un día y pensé: «me he enamorado». De hecho, ni siquiera sabía qué era eso del amor. ¿Cómo una niña de mi edad iba a estar enamorada? Pues sí. Yo fui la que comprobé en mis propias carnes que el amor verdadero no sabe de edad, de tiempo, ni de lugar, que llega sin más. Y si ahora que conozco los síntomas del virus del querer, he intentado evitar varias veces sin éxito enamorarme, imagínate con la edad e inocencia que tenía cuando te conocí... En aquellos entonces ni siquiera sabía de la existencia de aquel maldito virus que remueve entrañas.

Pues sí, me enamoré de ti. Y no creas que fue un amor adolescente y pasajero, no.

Hasta las trancas.

Me gustaban tus ojos que se achinaban al reír, tus largas pestañas que parecían abanicos manejados por los mejores bailaores y tu nariz, aunque no le gustase a nadie. Observaba embelesada los hoyuelos que se instalaban en tus mejillas al sonreír. ¿Lo he dicho ya? No importa repetirlo, a mí me gustaban todos los días y no me parecía aburrido. Tu sonrisa... ¿qué decir de tu sonrisa? Que cuando esa comisura se alzaba hacia el lado izquierdo mostrando parte de tus impecables dientes, mi pecho se contraía de manera preocupante. ¿Cómo pudiste hacer que un día me repugnara todo eso que tanto me gustó?

Despertaba por la mañana con ganas de maquillarme para estar guapa ante tus ojos, andaba rápido para llegar antes y verte caminar cuesta abajo en mi dirección, te esperaba apoyada en la pared para fumarnos el primer cigarro juntos. Las clases las pasaba pensando en ti, siempre en ti. Salía a verte en los intercambios para darte un beso, esperaba con ansias el recreo para estar contigo, claro. La salida, otro cigarro, otro beso, un poquito más de ti. ¿Sería eso lo que falló? ¿Sería insano tener tantas ganas de ti? ¿Por qué tú no tenías las mismas de mí? Me gustaba todo lo que tuviera que ver contigo y supongo que eso era lo que llaman amor, ¿no? Incluso las cosas que en un principio no me agradaron, con el tiempo comenzaron a ser necesarias en mi vida. Aunque reconozco que estas últimas eran muy escasas.

Me enamoré del sonido de tu risa hasta ser imprescindible escucharla cada día.

Me enamoré de tus besos inesperados acompañados de tus ojos bien abiertos al ver mi reacción de sorpresa.

Me enamoré de tus abrazos por la espalda mientras caminaba.

De llegar a la plaza y verte allí sentado esperándome mientras escuchabas música. Me enamoré de que siempre colocaras un auricular en mi oído para poder disfrutarla juntos. Daba igual el género que sonara, lo mejor de aquella música era poder compartirla contigo.

Me enamoré de viajar de tu mano.

Me enamoré de que me montaras en tus piernas y me hicieras el avión.

De que me tiraras en la cama para hacerme cosquillas hasta que te suplicase que pararas.

De que me dejaras hacerte la cabeza entera de moñitos pequeños sin protestar.

De tu paciencia al verme jugar penosamente a la *Play Station*, incluso borrándote los juegos sin querer.

Me enamoré de que me dejaras elegir la canción para escuchar mientras te duchabas.

De tus piropos, de tus cartas diarias y tus bonitas palabras.

En definitiva... me enamoré de ti.

O al menos de quien decías ser.

Capítulo 4

¿Crees que nos quisimos? O, mejor dicho, ¿me quisiste? Porque de sobra sabemos quién lo hizo mejor, al menos de manera más verdadera. Dos meses felices, dos meses de vivencias nuevas para mí. Mariposas asesinas machacando constantemente mi estómago, noches acabadas con sonrisas que llevaban tu nombre, mañanas que comenzaban viéndote llegar al instituto, recreos que se me hacían muy pequeños porque yo quería estar mucho más tiempo a tu lado. Un amor que paseaba por las aceras libremente, unas manos que no querían despegarse, ¿para qué? Si unidas lucían perfectas. Pero entonces, llegó nuestro primer altibajo. Quizás, de todos los que tuvimos, ese fue en el que más sufrí.

Se me olvidó mencionar anteriormente que durante esos dos meses, por muy felices que fuéramos, estuvimos luchando contra todo tipo de personas. Debemos recordar que tú eras “el mejor de los mejores” y yo una chica normal que no derrochaba chulería, que no era especialmente conocida en el instituto y que tenía su grupo de amigos discretos.

Comenzaron a hablar de mí, de mi manera de ser e incluso de mi forma de vestir. Intentaron convencerme de que no era para ti, comentaron que no jugábamos en la misma liga.

¿Cuántas veces me partí la cara por ti?

Muchas...

Y no me arrepiento de ello, que conste, lo hice porque quise, porque aquellas palabras escocían como el alcohol en una herida y porque nunca dejaría a nadie pisotearme. Excepto a ti, claro, tú me podías pisotear todo lo que quisieras, total, yo siempre iba a estar ahí.

En un principio me sentí segura de mí misma. Yo era yo, nadie cambiaría aquello y menos tú. Aseguré que por mucho que te dijese ibas a estar de mi lado y no ibas a influenciarte por bobadas. Pero las malas lenguas comenzaron a burlarse de ti. ¿Dónde ibas tú con una chica como yo? Quizás unos años más tarde tenías que haber escuchado a las malas lenguas de nuevo, ¿dónde iba yo con un cabrón como tú? Y es que, querido, la vida da muchas vueltas, pero al final y por suerte, siempre se descubre la verdadera cara de las personas. Tú dejaste muy clara la tuya.

La cuestión y a donde quiero llegar, es que en un principio lucías orgulloso de mí. Cuando las miradas en el instituto se paraban encima de nosotros, tú me atraías con tus cálidos brazos y me envolvías con tus besos delante de todos, delante de ella.

Estabas de mi lado y eso era lo único que importaba.

Recuerdo perfectamente cuál fue la primera vez que miré tu móvil sin permiso. Jugabas al fútbol y yo esperaba sola sentada en la grada, me dejaste tus cosas para que las sostuviera mientras tanto y sin poderlo evitar, atrapé tu móvil y miré los mensajes. El suelo se abrió bajo mis pies cuando los vi. Tu exnovia me insultaba, me menospreciaba e intentaba convencerme de que volvieras con ella, alguien digno de estar a tu lado y no yo.

«Ella no es para ti», decía. Los ojos inconscientemente se me llenaron de lágrimas que no estaba dispuesta a derramar. Las sequé con la manga mientras abría la carpeta de sms enviados. Ahí estaba, quizá el mensaje que más ilusión me hizo ver de todo nuestro tiempo juntos. Contestaste que te dejara en paz, que me querías, que no te importaban esas estupideces y yo... yo fui feliz, plenamente feliz. ¿Qué más necesitaba para serlo? La persona que amaba me amaba, y mi vida en aquellos entonces, carecía totalmente de importancia. Quiero decir, no tenía problema alguno y mi única preocupación era el instituto y poco más. Me podía centrar únicamente en ti y eso es lo que haría: convertirte en mi mundo.

Ilusa de mí que veía aquello como una solución a todo.

Pero la cosa fue cambiando y tú también. Con el tiempo comenzamos a flaquear. Estabas más raro, más alejado, incluso notaba que tu humor cambiaba cuando yo aparecía. Intentaba pegarme más a ti y eso te alejaba más. Volviste a juntarte con tu exnovia y tus amigas en el recreo, dejando mi ilusión y mis ánimos arrastrados por el suelo.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Te ocurre algo?

—No.

—¿Es culpa mía? ¿He hecho algo mal?

—No.

—¿Entonces qué te pasa?

—Nada.

«Seguro que es culpa mía... seguro que sí he hecho algo mal», me repetía a mí misma una y otra vez. «Piensa, piensa, seguro que has hecho algo mal».

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por si hice algo que te molestase. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Comencé a sentir que era culpable de todo y tus constantes cambios de personalidad no ayudaban mucho a sentirme mejor.

Esos “nada” lo escondían todo.

Escondían tu cobardía.

Tu miedo.

Escondían motivos invisibles a mis ojos.

Escondían nombres, personas y recomendaciones.

Escondían mi dolor, que era enorme.

Pero sobre todo, escondían la verdad. Esa que nunca supe de tus labios, la que llegó a mis oídos por terceras personas.

Entonces llegó.

Llegó el final.

El adiós.

La primera vez que lloré por amor.

La primera vez que caí.

La primera vez que sentí el pecho desgarrarse sin poder hacer nada para evitarlo.

El primer trozo de mi corazón que te llevaste. Porque te lo llevaste, que lo sepas. Me dejaste con el hueco vacío y yo lo agradecí. No creo que hubiera aguantado mucho tiempo con él llorando dentro de mí, bombeando veneno y no sangre.

Te llevaste tu cálida cercanía.

Te llevaste tu protección hacia mi persona.

Las sonrisas y las miradas dedicadas única y exclusivamente para mí.

Te llevaste mis labios, que fueron tuyos por primera vez y que quería que lo siguieran siendo.

Te llevaste mi alma amarrada a una tosca piedra y la tiraste al río, dejando que se hundiera hasta no poder tocar más fondo. Y con ella, atada también, caí yo.

Te llevaste mi ilusión.

De repente todo fue como si pegaras una patada a los cimientos y destruyeras esa casa que juntos construimos. Fue como si dentro de la casa estuviese yo y los ladrillos me hubieran caído encima hasta aplastarme.

Y todo esto ocurrió, simplemente, porque las malas personas te lo aconsejaron. La mejor solución para conservar tu alta popularidad era quitar la maldita y sencilla piedra del camino.

Y la quitaste. Vaya si la quitaste.

Me dejaste.

Lo hiciste de manera cruel y rastrera. Por primera vez lo demostraste: no eras un hombre.

Me hubiera gustado, después de aquello, que sintieras una mínima parte del dolor que yo sentí.

Me encantaría que te levantas una mañana y, literalmente, te tiraras de los pelos al recibir un estúpido, ridículo y sobre todo, cobarde mensaje mandado por la persona a la que amas comunicando su decisión de acabar contigo.

Me encantaría que, tan joven y sin saber los riesgos, dejaras de comer. Que tu peso corporal bajara notablemente y tu estómago se fuera cerrando poco a poco, sólo porque la persona que amas, se dejó influenciar por sucias habladurías.

Que algún día, alguien te hiciese lo que tú me hiciste a mí y todo se viniera abajo. Que no tuvieras ganas de salir con tus amigos, de disfrutar de la edad y ni siquiera de sonreír. Porque eso también te lo llevaste. Me arrancaste la sonrisa.

Que tuvieras una madre, un padre y un hermano consolándote día y noche, dando paseos por la ciudad, intentando distraerte y constantemente preocupados por ti.

Que tu perro se comiera los macarrones que comía el mío para no tener que hacerlo yo.

Deseo que, algún día, sientas la agria sensación de escuchar un simple nombre y tu pecho se revuelva en contra de ti, tu pulso se acelere y tú no puedas hacer nada para evitarlo.

Sí, me encantaría que la moneda diera la vuelta y te tocara a ti sufrir.

Dos meses a tu lado.

Dos simples meses.

No sé qué hiciste conmigo, de verdad que no lo sé, pero lo que fuera, lo hiciste bien.

Capítulo 5

Creo recordar que tras este acontecimiento nunca te olvidé. Ni por un segundo de mi existencia desapareciste de mi mente.

Tú ibas con unas y con otras mientras yo te observaba. Lo hacías delante de mí y no te importaba ni un poquito lo que yo sintiera al presenciar aquello. Y es que no podía aguantarlo. El dolor de aquella situación era insostenible.

Ver cómo intentabas con ellas lo mismo que en su día hiciste conmigo. Hervirme la sangre cuando tu mano paraba en algún lugar de sus cuerpos en vez del mío. Caerse el alma al suelo cuando tus labios besaban otros cualesquiera. Tus sonrisas regaladas y tus miradas también. Regalos que dos meses antes sólo me hacías a mí.

¿Cómo llegamos a ese punto?

Semanas antes me besabas con tanto ímpetu, tanto amor...

¿Cómo podías? ¿Estabas fingiendo en ese entonces o fingías cuando me besabas? ¿Cómo podías cambiar de labios de aquella manera?

Yo intenté hacer lo mismo. No me importa que me juzgaras de despechada, lo estaba. Estaba furiosa y quería ser como tú. Quería ser egoísta y mala. Deseaba mirar mi propio ombligo como hacías tú y poder apreciar que era más bonito que todos los que hasta ese día había visto.

Quería tenerte a mi lado como fuese, pero mi corazón no me lo permitía. Sinceramente, nunca fui como tú, y aunque en algún momento de mi vida me hubiera gustado serlo, a día de hoy me alegro muchísimo de que no fuese así.

Dejé de buscar el amor, porque total, era una estupidez... lo tenías tú.

Pero sí llegó alguien dispuesto a abrir de par en par las puertas del olvido.

Él era mayor que tú y que yo, mucho más.

Él era más guapo y apuesto que tú, más alto y más esbelto, mucho más.

Él era más bueno, más romántico y más simpático que tú, mucho más.

Él era más hombre y más maduro que tú, mucho más.

Sólo había un problema...

Que él no eras tú, ni mucho menos.

De todas maneras decidí intentarlo, cosa que nunca volvería hacer. Es cierto que un clavo saca a otro clavo, pero forzándolo sólo consigues hincarlo más dentro, más profundo... Nunca más volvería a utilizar a nadie inocente para tapar la angustia que me dejaste tú, el único culpable de mi desdicha.

Tras mucho tiempo preparando el terreno, él decidió dar un paso adelante e ir a por todas. Porque él sí me valoraba y nunca se avergonzó de mí.

Claro está que tú te enteraste de su existencia, del lugar donde habíamos acordado vernos y de la hora. Es lo que tiene que mis amigos se convirtieran en tus amigos... Decidiste llamarme un rato antes y con la voz llena de preocupación me rogaste que fuera a hablar contigo en el mismo sitio que había quedado con él, que me necesitabas. Pensé en negarme. Llevaba un mes sin saber nada de ti, incluso en el instituto me mirabas como si fuese cualquier otra persona. Como si no llevaras el

peso de mi corazón en tu bolsillo... Pero después de escucharte tan alterado, de nuevo sin pensar en mí y haciéndolo en ti, salí corriendo hasta el lugar.

No me detuve en arreglarme para tus ojos —como siempre hacía—, la preocupación me pudo mucho más. Un vestido amarillo, unas sandalias negras y el pelo suelto y rizado, tal cual. Anduve a paso ligero hasta llegar al lugar acordado y allí estabas, sentado en la parte superior del banco, como siempre, con tus auriculares puestos y escuchando música. Sólo que esta vez sería diferente. Esta vez no me darías la bienvenida con un beso, ni colocando uno de tus cascos en mi oído para tararear música mientras no hacíamos nada.

Ese es otro de los momentos que jamás olvidaré en nuestra larga historia.

Me senté a tu lado izquierdo y perdí la mirada al frente. Mirarte sin poder tocarte dolía, dolía mucho. Tú te quedaste callado, con los ojos posados en mí durante un largo tiempo. Creo que pasamos más de media hora así, aunque no estoy muy segura; el tiempo estando a tu lado había cogido por costumbre detenerse.

Mi móvil sonó y tú miraste de reojo la pantalla. En ella aparecía su nombre y sin saber por qué, cogí la llamada y la puse en manos libres. Quizá para que supieras que otro intentaba valorar lo que tu desperdiciaste, quizá quería que te dieras cuenta que me escapaba de tu alcance. Y no sé si fue el hecho de mimarme, de llamarme con apelativos cariñosos durante toda la conversación o las notables ganas que tenía de verme... Supongo que podría haber sido también el instante en el que tras un segundo callado, me dijo que se volvía loco por llegar y degustar por fin mis labios. Fuera lo que fuese, nunca en la vida esperaría la reacción que tuviste; incluso si no la hubiera vivido en mis propias carnes, nunca lo hubiera creído si alguien me lo contara.

Tus malditos ojos miel comenzaron a llorar. Sí, comenzaron a llorar. Dejando tus largas pestañas húmedas de las lágrimas, haciendo si cabía, tu mirada más bonita. Y en el hipotético caso de que aún me quedara un rastrojo de corazón, ese murió en aquel instante al caer al suelo junto a tus lamentos.

Y ya no me importó todos los ríos de llantos que antes yo derramé por ti, no me importó quien hubiese tras el teléfono, ni mi dolor. Todo lo que sufrí un mes atrás, se quedó pequeño comparado al verte sufrir a ti.

Tu dolor me afectó mucho más que el mío. Ahí fue cuando me percaté de que te quería más que a mí misma.

Él seguía hablando tras el teléfono y tú te encontrabas con la cara tapada entre tus manos, el pecho te subía y bajaba debido al llanto, y el mío se ahogaba a la par tuya por tu angustia. El chico malo, el terror de las nenas, el más cabezón y orgulloso del mundo... llorando por mí.

Me fascinaría poder haberme adentrado en tu mente y saber que rondaba por ella. Aunque eso lo deseaba muchas veces en tus cambios de humor constantes. ¿Cuál era tu desasosiego? ¿Amor? ¿Arrepentimiento? ¿Frustración? No lo sé.

En aquel momento, me encontraba en un estado que ni siquiera escuchaba lo que él decía a través del móvil. Puede ser también que ya no me interesara. Y no sé si hice bien o hice mal, pero automáticamente inventé una excusa barata para que no viniera a verme.

Comencé a mentir por ti.

Y en ese momento mereció la pena, porque sacaste la cabeza de tus manos, ocupaste mi cara con ellas y tras mirarme con ese brillo espectacular de tus ojos y sonreír, sin decir palabra alguna me besaste hasta dejarme sin aliento.

Tampoco olvidaré que aquel día por otro motivo: por primera vez, lanzaste el insulto que más daño me hizo en toda nuestra existencia como enamorados.

Te quiero.

Hiciste que se olvidara todo el dolor acumulado, la pérdida de apetito, lo que hice sufrir a mi familia y sobre todo, lo que sufrí yo. Porque ese era uno de mis grandes problemas: la cagabas, yo sufría, me pedías perdón y yo olvidaba.

Así de simple.

Después de aquello todo volvió a la normalidad, lucíamos más felices que nunca y al menos yo lo estaba. Volvieron los buenos momentos, las tardes de *Play* y de compartir música. Volvieron a unirse nuestras manos al caminar y a sellarse nuestros labios cada vez que hacíamos una parada. Volvió el respeto y las tardes de peli. Los abrazos por la espalda y las conversaciones en susurros. Las risas tontas, tontas de enamorados... El correr por las cuevas para que no me pillaras y las cosquillas de después de pillarme; porque no me dejabas ganar, siempre me cogías para torturarme con tus dedos sigilosos. Volvimos a ser la unión que un día creamos. Mar y roca juntos.

Y ese fue otro de mis problemas, olvidar de nuevo, que mar y roca nunca podrían quedar abrazados íntegramente.

Mucho más tarde llegó. Llegó aquella tarde lluviosa a finales de septiembre. Otra fecha y otro día más para recordar.

El día en que te llevaste todo.

Mi corazón, mi alma, mi cuerpo y mi niñez.

Tengo que confesar que no fue como esperaba. No fue bonito, ni lento, ni de película. No hubo música, ni flores, ni palabras románticas... No tuviste paciencia, no eras enternecedor. Lo nuestro fue divertido, un poco doloroso y muy chapucero. Tú, al igual que yo, carecías totalmente de experiencia, y eso nos hizo ser patosos. No importa, para mí fue perfecto, porque fue contigo, así que, no te juzgo por habérmelo arrebatado, yo te lo entregué encantada.

Pero sí reclamo algo, no lo entregué a cambio de nada.

«El amor es dar sin recibir nada a cambio». MENTIRA.

Al menos en mi caso, eso no era cierto.

Yo te entregué mi amor, mis labios, mi inocencia... Te entregué mi cuerpo, mis lágrimas y mis noches sin dormir. Fabriqué miles de sonrisas solamente para ti, aunque ese día no brotaran naturales. Te di consuelo en tus peores días y compañía en los mejores. Bailé contigo, también canté. Saqué la cara por ti siempre, sin excepciones.

¿Sabes que es lo que pedía a cambio? Que me quisieras, al menos, una mínima parte de lo que yo te quería a ti y que cada gesto o acción que me otorgaras, fuesen auténticos.

Y al fin y al cabo, así nos iba bien. Ahora entiendo que realmente no era como se veía desde fuera. Lo nuestro consistía en yo dar y fingir que recibía.

Y poco después de entregarme a ti, apareció. Apareció nuestro enemigo, el cruel antagonista. El que parecía estar esperándome en la esquina contigua para que, en el momento de estar totalmente loca por ti, se hiciera dueño de nuestra relación.

Celos le llamaban.

Celos sanos. *Celos* de algún chico que me mirase. *Celos* enternecedores cuando compartía mi tiempo y tú lo querías todo para ti, porque me amabas. *Celos* que comenzaron a ser algo alarmantes. *Celos* de mis amigas, de mis amigos, de mi familia, de alguien que me mirara, fuera quien fuese, conocido o no. *Celos* de cualquiera que me otorgara una simple y amable sonrisa, aunque fuera por compromiso. *Celos* que comenzaron a parecer enfermizos. Si me maquillaba demasiado, me miraban más; si me arreglaba un poco más de lo que lo hacía diariamente, me encantaba provocar; si quería cambiar mi pelo de color, era de putas.

¿Cómo gritar que yo te amaba solo a ti? ¿Cómo demostrar que tú eras el único dueño de mi vida? Pues apartando cualquier motivo que te diera inseguridad. Amigos, familia, desconocidos y sonrisas «innecesarias». Cambiando mi manera de vestir y mi manera de pensar. No tintarme el pelo de color para no parecer una puta, no ponerme ningún escote por el mismo motivo.

Dejamos de salir, porque todo te incomodaba y siempre peleábamos por cualquier tontería. Llegó el momento en que sólo éramos tú y yo, y en un principio me pareció perfecto, porque mi vida consistía en tenerte a mi lado, fuera como fuese. Estar contigo en una burbuja apartada del mundo era genial. Después me di cuenta de que, en aquel momento, ya estaba totalmente en tus envenenadas redes y que no lo hacías para disfrutar únicamente de mí, como yo de ti, sino para hacerme perder el poco contacto que me quedaba con el mundo exterior.

Con el tiempo y sin saber cómo, me convertí en alguien como tú, y *Celos* se subió a mi espalda. Ahí llegaron las peores peleas, porque tú si podías hacer las cosas que me prohibías a mí y yo empecé a prohibírtelas de igual manera, aunque claro, a mis espaldas hacías lo que querías.

Celos se encargó de acompañarnos de la mano durante un par de años, haciendo nuestra existencia amargada y asfixiante. Pero un día, tras mucho trabajo, constancia y dedicación, decidió marcharse, dejarnos respirar y vivir tranquilos sin tener que llevar siempre encima su elevado peso.

Así que, cuando éramos plenamente felices y nada se interponía entre nosotros, apareció *ella*...

Capítulo 6

Realmente el término «apareció» no sería el más adecuado para definir su llegada, ella ya estaba con nosotros —conmigo antes incluso de llegar tú—, así que, se podría decir que se acopló a nuestra relación.

Y a veces, sí, tres son multitud.

Aquel uno de enero yacíamos en tu cama, desnudos y completamente saciados. Buena manera de empezar el año, contigo y encima de mí.

Recuerdo que miraba sonriente tu rostro, me encantaba contemplarte después de hacer el amor, tus ojos brillaban más que de costumbre y la sonrisa no desaparecía de tu cara por mucho tiempo. Contemplaba tu cuerpo y disfrutaba de tus caricias, escuchaba pacientemente cada te quiero que me regalabas.

Pero también escuché algo más...

Tu móvil.

Una llamada.

Ella.

Ella preguntando por ti y por mí para ver si no estaba y poder hablar tranquilamente contigo.

Aún cierro los ojos y recuerdo aquella sensación. Dolor. El dolor más grande que había sentido hasta aquel momento de mi vida. Mi pecho... juraría que alguna parte de mi ya utilizado corazón, crujió hasta resonar en el habitáculo. Cerré los ojos con mucha fuerza e intenté estabilizarme agarrándome a algún mueble que ahora no recuerdo.

Creo que jamás tendré mejor oportunidad que ésta para encajar mi frase de canción preferida.

«Hacíamos el amor, pero tú te lo llevaste».

¿Recuerdas que aquel cantante me gustaba porque te gustaba a ti? Creo que me dejaba influenciar bastante por ti, incluso en los gustos musicales.

¿Y mi reacción? ¿Te acuerdas de mi reacción al ver que la que llamaba era mi amiga?

Salté de la cama y desnuda quité el móvil de tus manos. Supongo que comprenderás que no recuerde cada detalle con claridad, en aquel instante mil sensaciones se agolparon en mí sin dar lugar a clasificar ninguna como buena. Grité, insulté y amenacé. Me resquebrajé en mil pedazos. Las lágrimas me cegaron hasta impedirme verte, cosa que agradecí. Me asqueabas, me repugnabas. Te odié. Te odié tanto que dolía.

Te miré una última vez intentando hacer comprender a mi cabeza que aquella sería la última vez que lo haría, pero claro, ¿crees que en aquel momento tenía poder sobre mi mente? Atrapé mi ropa lo más rápido que pude y me vestí para salir corriendo de tu casa. Al revolver mis prendas del suelo, aquella fragancia que etiquetó tantos momentos juntos emanó hasta producirme fatiga y me prometí, también mentalmente, que *Ángel*, mi perfume, aquel que tanto te gustaba, jamás volvería a ser deleitado por tu olfato.

¿Recuerdas lo que hiciste tú? No importa si no lo haces, te refresco la memoria. Nada, no hiciste absolutamente nada.

Mientras yo corría despavorida hacia ningún lugar derrochando lágrimas, miraba de vez en cuando hacia atrás con la esperanza de verte corriendo tras de mí. Eso nunca pasó, no me seguiste. Nunca hubo una explicación ni una disculpa, jamás te justificaste o me pediste perdón por aquello.

Tampoco me adentraré a describir con minuciosos detalles el dolor que sentí aquel maravilloso uno de enero —nótese la ironía—. Eso sí que fue empezar el año con buen pie... Así que, creo que con mencionar que me destrozaste completamente la vida, es más que suficiente para que te hagas una idea de lo que sufrí.

Os hicisteis novios.

Sí, tú y mi amiga novios.

Tras un tiempo, fingí lo mejor que supe que me encontraba totalmente derrumbada. Fingí que seguía odiándote, aunque no fuese verdad. Por mucho rencor que os tuviese, mi amor por ti podía más, mucho más. También disimulé que ella me era indiferente, que la traición de una persona con la que había compartido tantas cosas buenas y malas a lo largo de mi vida, me daba absolutamente igual.

Fingir, fingir y fingir mientras me pasaba la noche en vela llorando tu ausencia, sonriéndooos con ironía cada vez que os veía juntos, cuando en realidad, en cada paseo que dabas con ella en mis narices, te llevabas un pedacito de mí.

Fingir felicidad cuando eres totalmente desgraciada es muy duro.

Pero pasó el tiempo y tú volviste.

¿Cuánto tardaste en venir a buscarme de nuevo? Dos meses y veintisiete días. Exactamente los mismos que yo tardé en perdonarte.

Los que lean estos escritos, se preguntarán que hiciste para que te perdonara tan pronto una infidelidad tan grave. Pues lo contaré.

Todo pasó el día de tu cumpleaños.

Ya no ibas al instituto, tu rollo de chico malo no te lo permitía. Aquel día salí de clases y me detuve unos minutos, como cada día, a fumar en la puerta con mis amigas. Oí tu moto y mi corazón dio un vuelco. Ya no escuchaba lo que mis amigas comentaban, de hecho, recuerdo haber perdido la mirada en ti hasta que llegaste y paraste frente a nosotras. Todos los alumnos que había fuera —conocedores de nuestra historia—, te miraron a ti y después a mí, como si de un partido de tenis se tratase.

Pasaron varios minutos en los que te observé disimuladamente... hasta que ocurrió. Una amiga posicionada a mi derecha miró hacia la puerta del instituto por la que en aquel momento salía *ella*. No sé si la gente tuvo la misma sensación que tuve yo, pero aquella escena pareció ocurrir a cámara lenta y en cierto modo, de manera un poco surrealista.

Ella al verte salió prácticamente corriendo hacia tu moto, supongo que buscando tu protección, —protección de mí— ¿qué gracioso, verdad? Pero justo antes de llegar a tu altura, se quedó parada como una estatua. Se percató de lo que ocurría; no la mirabas a *ella*. Tus ojos marrones no brillaban por verla, me mirabas a mí. Estaban clavados en los míos sin importarte quién se diera cuenta. Yo me encontraba apoyada en la pared, con una pierna puesta en la fachada y mi mochila en

un sólo hombro, y aunque me hubiera convertido en una de las chicas más populares del instituto a raíz de salir contigo, todavía ese gesto no me quedaba igual de bien que a ti. Ni a mí, ni a nadie.

Creo que pocos entenderán porque hice lo que hice, pero he de explicar que por mucho que tú y yo tuviéramos nuestras diferencias, pocas personas descifrarían pensamientos y sentimientos mutuos con una simple mirada tan lejana. Nosotros sí. Así que, supe lo que tenía que hacer. Me retiré de la pared y corrí hasta llegar a ti. Mientras te alcanzaba, bajaste de la moto a esperarme. Cuando llegué a tu altura, me abrazaste tan fuerte que, si cierro los ojos y me concentro, seguro que tu tacto sigue impregnado en mi piel. Me besaste, me besaste tanto... Lo hiciste delante de *ella*. Las lágrimas corrían por mis mejillas y mojaban las tuyas debido a nuestra cercanía. Me encantó que la compartiésemos, pues era señal de que te tenía conmigo. Tras soltar con esfuerzo mis labios, le pediste perdón con la mirada y me diste la mano para ayudarme a subir contigo. ¿Por qué a ella si le pediste perdón y a mí en su día no?

Nos marchamos lejos. Lejos de todos, lejos de *ella* e incluso lejos de nuestros «yo» del pasado. Éramos dos personas nuevas, dos personas que se amaban, dos individuos que lo antepusieron todo para dedicarse a ellos. Éramos nosotros, sin terceros.

Aquel día, sentados en el banco donde todo comenzó, me cogiste la cara entre tus manos y tras besar cada rincón de mi rostro, me pediste perdón mil y una veces. Me abrazaste sin importarte que llorara y manchara tu jersey blanco con mi escandaloso rímel. Me fallé a mí misma. Rompí la auto promesa que meses antes me había impuesto, porque tú estabas allí, deleitándote con mi perfume *Ángel*. Te perdoné, claro que te perdoné —yo siempre lo hacía— y creí que era verdadero tu arrepentimiento, tu angustia y tus palabras.

Pero ya se sabe, las palabras se las lleva el viento.

Y ese era otro de mis problemas: creer siempre en ti.

De nuevo todo volvió a ser como antes, porque las personas no cambian, sólo disimulan un intervalo indefinido de tiempo. Así que, *Celos* volvió a ser nuestro compañero de equipaje y *ella*... bueno, a *ella* la metiste de nuevo en nuestra maleta.

Capítulo 7

Sí, volvió a ocurrir y sí, volví a sufrir.

Pero déjame decirte que esta vez fue diferente y tú lo notaste. No voy a negar que me pasé la noche llorando a mares, desperté llorando, hice mis tareas llorando... Lloré, lloré y lloré. Grité de frustración hasta que me dolió la garganta. Me insulté a mi misma por gilipollas e imbécil. Me golpeé mentalmente por creer tus mentiras. Te odié, pero ahora de verdad, un odio insano, de los que golpean en el pecho y buscan venganza. Me intenté concienciar en que aquel sentimiento no era saludable y volví a recaer en las lágrimas. Pero entonces, un día, algo en mí cambió. Fue un día de estos en los que te despiertas y antes de poner el pie en el suelo dices en voz alta: se acabó. Y se acaba. Te convences a ti misma de que tú eres tu dueña y sólo tú eres capaz de hacerte feliz. Así que, sequé mis malditas y desaprovechadas lágrimas y me propuse dar rumbo a mi vida.

No creas que fue fácil ni milagroso. Lo conseguí a base de esfuerzo, de cambiar de pensamiento cuando en ellos aparecías tú, de secar las lágrimas cuando emanaban sin permiso. Dejé de lamentarme por lo que había perdido y comencé a entender que, realmente, quien había perdido eras tú.

Yo gané.

El sacar de mi vida a una persona como tú, fue la mejor de las victorias. Y entonces supe que era capaz de todo, aunque no tuviera a nadie a mi lado dándome ánimos.

Todo cambió, o mejor dicho, yo lo cambié.

Me maquillé mucho aquel día, demasiado para el gusto de algunos. No me importó en absoluto. Si quería comenzar mi nueva vida en aquel momento, intentaría por todos los medios que fuese un día digno de recordar. Dejaría atrás todo lo malo, todo lo que estorbaba y no me hacía feliz. Apartaría a personas innecesarias de mi vida para dejar espacio a gente que buscaba un hueco importante en mi corazón. Escogí sombra de ojos verdes, llamativa, a conjunto con mis iris. Alargué mis pestañas con rímel, repasé mis cejas con lápiz y pronuncié mis pómulos con tono oscuro. Tiré el bote azul en el que lucía una perfecta caligrafía con el rótulo *Ángel* y la cambié por otra de color rosa. Me perfumé antes de echarme una foto que marcaría un antes y un después en mi destino. No había nadie a mi lado para olerla, pero eso no importaba, la quería saborear yo. Quería impregnarme de su olor dulzón y sonreí al hacerlo. Esa sería mi esencia, sin tener más recuerdos que el de un día en la vida feliz conmigo misma, sin tener que tirar nunca el bote porque me recordara a alguien que no fuera yo.

Expulsé aire antes de inhalarlo. Sí, al contrario de todo el mundo, porque quería expulsar todo el oxígeno antiguo y angustioso que me martirizaba. Quería hacer desaparecer de mi interior la sensación de odio y rencor; quería volver a ser yo. Así que, acto seguido, recogí todo el aire puro que me rodeaba y el que me acompañaría por mucho tiempo.

No iba dispuesta a enfrentarte a ti ni a nadie en particular. Te resté importancia y me la sumé a mí, que la merecía más. Miré el zapatero y no dudé ni un segundo en ponerme unas zapatillas planas, no necesitaba tacones para pisar bien fuerte, con mi energía me sobraba. Me calcé, me colgué el bolso y abrí la puerta marchándome a una nueva vida.

Una nueva vida sin ti.

Me emborraché, reí, disfruté, recordé viejos y felices tiempos con mis amigos —tiempo en el que tú no estabas—, hablé sin tabúes, sin miedo a que te enfadaras. Yo elegí mis bikinis y mi ropa. Ropa corta, de esa que odiabas. Me tinté el pelo de color, tú no me dejabas hacerlo rubio y yo lo puse blanco —porque más escandalosos no los había—. No me dejabas hacerme un *piercing* y me lo hice, porque a mí sí me gustaban y me di cuenta de que eso era lo único que importaba. Conocí chicos, podía hablar con ellos sin sentir que hacía nada malo, hice muchas amistades nuevas... y entre tantas cosas que hice cuando te marchaste, te olvidé.

Te olvidé. Me cansé de ti y de tus mentiras, de tus infidelidades y tus órdenes. Me cansé de sentir que todo lo hacía mal, de volverme insegura cuando realmente nunca lo fui. Me harté de que dispusieras y manejaras mi vida a tu antojo. Cuando salir con quien quisiera, a qué hora recogerme, cómo ir vestida, siempre contigo, no hablar con chicos, no contar intimidades a mis amigas...

Por fin me cansé de ti.

Conocí a otra persona y fui feliz, en un principio lo fui. Creo que tú no lo soportaste, porque tiempo después —mucho después—, apareciste otra vez.

Y no entiendo a qué cojones jugabas, tú tenías tu novia y yo tenía el mío.

Como el perro del hortelano, que ni comes ni dejas comer.

Contactaste conmigo con la excusa de que tenía algo tuyo y te lo tenía que dar; no conforme con decírmelo por mensajes, tuviste que venir a buscarlo. Y recuerdo que estaba sentada con el que en esos entonces era mi novio y tú apareciste en el coche de un amigo. Me miraste y decidí bajar los pequeños escalones que nos separaban para darte las pocas pertenencias que me quedaban tuyas. Te las entregué sin mirarte a la cara y cuando me fui a marchar, tiraste de mi brazo disimuladamente para que me girara a observarte. Lo hice, y me dio alegría ver que tus ojos no brillaban y tu cabeza estaba agachada, muy al contrario que la mía, que se encontraba bien alzada.

«¿Por qué no me miras?», preguntaste.

Y a ver qué persona coherente, después de hacer las barbaridades que hiciste tú conmigo, pregunta tal estupidez.

«Porque no creo que tenga ningún motivo interesante para mirarte». Y volví al lugar donde mi chico me esperaba con una sonrisa.

Seguiste sin quedar conforme. Cuando llegué a mi casa tus mensajes afluían en mi correo. Poco a poco y sin saber cómo, comenzamos a hablar con la excusa de que teníamos una relación cordial, aunque, de cualquier manera, yo le enseñé cada conversación a mi novio, porque no tenía nada que esconder Y PORQUE YO QUISE HACERLO, sin que él me lo exigiera. En cambio, tú si tenías mucho que ocultar.

Primero comenzaste a decirme que me había convertido en todo lo que tú nunca quisiste que me convirtiera, cosa de la que me sentí enormemente orgullosa, puesto que eso significaba que me había transformado en mí misma. Con el transcurso de las conversaciones, empezaste a recordar nuestros mejores momentos juntos. Los hubo, ahora me doy cuenta que hubo muchos, pero los malos fueron tan malos que ganaron por goleada y taparon de un tono oscuro los otros hasta convertirlos en opacos. Reconozco que un par de lágrimas se escaparon de mis ojos al recordar toda la historia, pero después llegó lo mejor, lo que por fin me hizo sonreír de manera sincera. Me cuestionaste:

«¿Todavía me quieres o me has olvidado?»

Y respondí que no, que no te quería y que sí, que te había olvidado. Y sabes que tengo mil defectos, pero entre ellos el ser mentirosa y poco sincera no aparece. Dije la verdad, porque yo ya te había olvidado. No te borré del mapa, pero es que es imposible eliminar el completo recuerdo de alguien que hizo mella en tu vida. Lo que sí es verdad, es que con el paso de los meses, aprendí yo misma a vivir sin ti y me conciencí en el tipo de vida que tendría a tu lado si seguía con todo esto: una vida llena de sufrimiento, engaños y control.

Y tú, por tu parte, confesaste que no, que nunca habías conseguido sacarme del todo de tu cabeza, que me querías a mí y no a *ella*. Después pediste perdón por todo el daño causado, pero claro, como siempre, llegaste tarde.

Me propusiste vernos.

Créeme que podría haberlo hecho, pero yo si soy una mujer de verdad, de las que no engañan a su pareja y de las que, por supuesto, nunca aceptarían ser *la otra*. Porque la otra era *ella* y de todo esto que nos pasó, de lo que estoy más orgullosa es de haber mantenido su etiqueta hasta día de hoy.

Etiqueta de mala amiga, mala persona, mujer sin dignidad, segundo plato... y muchas más que creo que no son necesarias escribirlas aquí para intuir las.

Podría haberle enseñado tus conversaciones y podría haber sacado a la luz tus intenciones. Sé que te sorprendió que no lo hiciera. ¿Sabes por qué no lo hice? Porque esa fue mi venganza. No contarle quien eras en realidad —aunque de sobra lo supiera—, que no se diera cuenta que tal y como me pasó a mí, sería siempre la última en enterarse de tus engaños. La idea era que la enamorases plenamente, como hiciste conmigo y que al final, sufriera día a día tu asquerosa manera de dañar. Porque tú no dañabas a la ligera ni de sopetón, no. Tú cautivabas día a día y metías el cuchillo despacio, que doliera un poco, pero no lo suficiente para darte cuenta que te están apuñalando.

Años después sé que lo hice bien y que conseguí lo que quería; su dolor. Tu dolor. Quería que sufrierais lo mismo que sufrí yo.

¿Qué se siente?

¿Qué se siente al querer tener una persona a tu lado y no poder hacer nada para que regrese?

¿Qué le ocurre a tu pecho cuando ves a esa persona de la mano con otro? ¿Qué te hace pensar que esa sonrisa que le dedica no es tan verdadera como la que te dedicaba a ti?

¿Cómo sienta que te ignoren, que te hagan creer que no eres nadie?

¿Cómo son las noches de frías?

Es malo experimentar esa sensación indescriptible con la que uno amanece cuando su alma le pertenece a otro, ¿verdad?

¿Qué tipo de frustración reinará en ti cuando te percares de que ahora, tras girarse la moneda, tú estás abajo y yo estoy arriba?

Unos le llaman desamor, otros desdicha... Yo lo llamo karma, el transcurso de la vida.

Ahora, aprovechando mi atrevimiento de escribir esta historia, hago unas cuestiones que siempre he tenido entre pecho y espalda, a ti y a todos los cabrones que se comportan como tú:

¿Qué es lo que os empuja a dañar de esa manera a una persona? Una vez esa persona se ha enterado, te ha dejado y lo está superando ¿por qué cojones volvéis con crueles mentiras a ilusionar corazones jóvenes y nóveles? ¿Nunca habéis pensado que un hijo de puta de vuestra calaña le puede joder la vida a tu hermana, a tu prima, a tu madre, a tu sobrina... de igual manera que lo hacéis vosotros? Y quizá la más importante y la que más me hubiese gustado que fuese contestada en su momento. ¿Las personas como tú, queréis a alguien además de a vosotros mismos? Y no hablo desde el rencor —que poco queda ya, por no decir ninguno—, hablo desde la honestidad. Creo que el tipo de personas que engañan y encima exigen, los que piensan que se lo merecen todo... ese tipo de personas dan auténtico asco.

No me excusaré ni me haré la víctima, yo también tendría mis cosas malas, seguramente muchas, pero mi conciencia queda totalmente tranquila de que si alguna vez te hice sufrir, nunca fue intencionadamente como tú me hiciste a mí.

A veces me preguntan: ¿si volvieres atrás, vivirías lo vivido?

Mil y una veces, sin pensarlo.

¿Por qué?

Porque tú me convertiste en quién soy. Me enseñaste a amar desmesuradamente, pero también a olvidar. Gracias a ti supe lo que era besar, reír, entregar, regalar, controlar, perdonar, olvidar, rectificar y superar de verdad. Me enseñaste a subir despacio y a caer empicada. Fuiste el ejemplo perfecto de que cuando estás arriba, las personas giran a tu alrededor; cuando estás abajo, más vale que no te hayas partido las piernas en la caída, porque tendrás que levantarte solito... Me enseñaste donde poner las pautas y a marcar mi propio ritmo. Gracias a ti recuerdo constantemente que el amor es de dos, *Celos* no tiene por qué acompañarme. Me instruiste a ser yo misma, siempre, por mucho que a otras personas le molestase, por mucho que alguien intente convencerme de un cambio. Aprendí que las palabras son palabras y que por desgracia, todo el mundo tiene boca. Me enseñaste a clasificar a las personas por orden de importancia y no de llegada. Supe, gracias a nuestra historia, que soy mucho más fuerte de lo que un día pensé que sería. También aprendí por mucho que duela reconocerlo, que la palabra «amistad» está en el diccionario con tal de rellenar hueco. Que tarde o temprano, te das cuenta que en esta vida no hay nadie mejor para ayudarte que tú mismo. Y sobre todo, aprendí gracias a ti a reconocer la auténtica felicidad. La de ahora.

El verdadero amor.

El que me espera cada día ilusionado, me mimó, me quiere, me consiente y me ayuda a ser mejor persona.

El que confía en mí, esté donde esté y con quién sea.

El que pide con urgencia mis besos, igual que yo los suyos.

El que siempre tiene el mismo tono en sus caricias, no varía de un día a otro.

El que me ha enseñado que el amor existe entre nosotros sin forzarlo.

El que nunca puso etiquetas ni condiciones en nuestra historia.

El que me da sin pedir nada a cambio pero igualmente, yo se lo doy; porque lo amo de igual manera que él a mí.

El que se esfuerza porque cada día nuestros cimientos estén igual de fuertes que el primer momento.

El que me quiere y no sólo lo dice, lo demuestra.

Gracias por haberte ido tú, para que apareciera ÉL. De verdad, mil gracias.

Quiero terminar diciendo que alguna vez te deseé lo peor, sí, que sufrieras y que tu vida fuera gris, al menos del mismo tono que fue la mía a tu lado. Nunca mentí, ni dije que siendo tú feliz lo era yo. ¿Cómo ser feliz al ver la persona que quieres marcharse de la mano con tu amiga?

Nunca fui hipócrita ni mentirosa. Te deseé el mal muchísimas veces. A ti y a ella. Pero ahora me da igual, totalmente igual, no deseo nada malo para vosotros, sólo todo lo bueno para mí.

Lo siento, éramos mar y roca. Éramos un abrazo imposible.

Tú, la roca inerte sin sentimientos. Yo, el mar revuelto, el valiente.

Por si con esta historia no hubiera quedado claro.

Y pediría perdón por haber resumido nuestra larga relación en siete simples escritos, pero no lo haré, ¿sabes por qué? Porque eso también lo aprendí de ti, a no pedir nunca perdón por algo que no crees que hayas hecho mal, y yo, querido, lo estoy haciendo genial desde que te despedí completamente de mi vida.

HASTA NUNCA.

Nota de la autora

Dicen que el primer amor jamás se olvida. He oído muchas veces que nunca amas a nadie como amaste a la primera persona a la que entregaste tu corazón, y puedo decir que esas palabras son verdades a medias.

Nunca olvidarás el primer amor, claro. Te da momentos buenos, momentos malos, dulces y amargos. Pero te da los *primeros* momentos, las *primeras* sensaciones. Después llegan los *primeros* golpes, los duros, los que cuesta superar. El adiós, el olvido, la recuperación... ¿Y qué te ofrece después la siguiente persona? Amor, sí, pero el verdadero, el maduro, el experto.

¿Cuál es la diferencia entonces?

Este último es fruto de la madurez, la responsabilidad, las ideas claras y la prevención. Es una relación consolidada en la que sin darte cuenta, fijas un futuro. Tienes la mente audaz, amas con el corazón, pero también con la cabeza.

Entonces... ¿qué ocurre con el primer amor? ¿En qué se diferencian?

En la manera de tirarte a la piscina.

La primera vez eras tan inocente, tan inexperta, que te tiras al vacío. Al vacío, porque no sabes siquiera si esa piscina está llena realmente. Sólo lo haces porque esa persona te lo ha asegurado: «*tírate, está llena*». Incluso en los peores de los casos: «*además, si no lo estuviese, jamás te dejaría caer*».

Mentira.

Amas al cien por cien, sin miedo. No temes, sólo crees. Confías en las palabras bonitas y no das tanta importancia a los hechos. No usas flotador, total, ¿para qué? ¿Es que acaso te vas a hundir? No usas la escalera, ¿es que acaso te vas a caer? Y sobre todo, no usas la cabeza, ¿es que acaso va fallar tu corazón?

No falla, se rompe. *Te lo rompen*. Se desgrana, sangra, grita, sufre. Sufre demasiado. Piensa que jamás se recompondrá. Duele, duele tanto que crees que explotará en cualquier momento. Pero entonces llega alguien, alguien con martillo que repone trozos rotos de madera, porque tu corazón ya no es un órgano, es un artefacto inerte. Y él lo restaura, le da vida poco a poco, lo llena de ilusión, de alegría, de fe, de color. Comienzas a ver más allá de tu dolor, empiezas a sentirte bien, querida, pero querida de verdad.

Y entonces visualizas de nuevo aquella maldita piscina. Te acercas mientras él te susurra: «*tírate, está llena*». Pero tú, igualmente, aunque no veas sinceridad en sus palabras, te asomas. Sí, tú misma te aseguras de que hay agua, porque no te fías, porque alguien te enseñó a no hacerlo. Porque la piscina podría estar vacía y si caes, duele. Te duele a ti.

Él se acerca de nuevo: «*además, si no lo estuviese, jamás te dejaría caer*». Sonríes, pero mientras tanto, pones un flotador de los grandes y seguros. Bajas despacio por la escalera. No te tiras, te deslizas poco a poco y si resbalas tienes un buen salvavidas que te protege.

Te das cuenta de que, aunque te nublaste totalmente tiempo atrás, hay algunas personas verdaderas. No perfectas, pero si con corazón, y el objetivo de la vida es ir

encontrándolas, cuidándolas y mientras tanto, apartando a todo ser humano dañino que se te acerque.

Aprendes. Aprendes a amar, pero de verdad. Aprendes que el querer no tiene condiciones, ni reglas, ni «peros». Maduras mientras disfrutas de las personas y sacas partido de cada una de ellas. Aprendes a asegurar tu bienestar, a controlar tu vida, tus ideales... pero sobre todo, aprendes a que tú estás antes que nadie, que eres tu única dueña, que eres fuerte, tanto, que serás capaz a lo largo de tu vida de afrontar cualquier cosa. Te das cuenta que dejas de soñar sueños para comenzar a cumplirlos. Que nadie vale más que nadie.

Que *tú* eres lo más importante.

Sobre la autora



Noelia Medina nació en Carmona (Sevilla), en 1994.

Su recorrido literario comenzó cuando la razón le dio permiso para plasmar ideas en un papel. Con el tiempo, se dio a conocer en una popular web de relatos eróticos en la que actualmente, se mantiene en los primeros puestos del ranking. Con solo diecinueve años, se embarcó al mundo empresarial montando un pequeño negocio de pan con ayuda de su familia, dónde entre cliente y cliente, rebasó la línea de los relatos y comenzó a dar vida a las historias que se formaban en su cabeza, consiguiendo el título más importante de su vida, con el que siempre había soñado: ser escritora.

Autora del libro Hoy he soñado contigo (2.017) y colaboradora en el periódico El Grifo Información. A día de hoy, publica una de sus obras con LxL Editorial, llamada: Donde caben dos, caben tres.